



SAGA NO. 1

LAS INTRIGAS DE LA FAMA

UNA NOVELA ROMÁNTICA LLENA
DE EMOCIONES Y EROTISMO

MERCEDES FRANCO

Las Intrigas de la Fama.

Saga No. 1

Mercedes Franco

ÍNDICE

[Acto 1. Ella es Layla](#)

[Acto 2. De la fantasía a la realidad](#)

[Acto 3. Descubriendo una ilusión](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[Acto 4. Cuando nace una estrella](#)

[Acto 5. Conquistando el nuevo mundo](#)

[Acto 6. No todo es lo que parece](#)

[Recibe Una Novela Romántica Gratis](#)

[Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:](#)

Acto 1.

Ella es Layla

Ella estaba sentada cómodamente tomando un café, se sentía ansiosa cuando tenía que esperar por largos periodos de tiempo, pero no le quedaba otra opción, allí estaba, distraída, cuando miró hacia la puerta de la cafetería y él entró.

Parecía precedido de un aura especial, definitivamente era ese tipo de persona que cuando entraba en un espacio, éste empezaba a girar a su alrededor, todos instantáneamente voltearon a verlo. Era un hombre encantador, alto, guapísimo, moreno, con un aire gitano seductor, sus profundos ojos negros brillaban como centellas y sus sensuales labios parecían guardar un secreto seductor.

Vestía muy a la moda, parecía salido de una campaña publicitaria, su cabello seximente desarreglado, le daba un look muy mediterráneo, llevaba jeans gastados con una camiseta blanca y una bufanda en tonos grises. Parecía alejado del mundo, como si viviera en su propio espacio, uno que se había ganado por derecho propio. Al llegar al mostrador, la chica que lo atendió parecía derretida y casi desfallecía cuando él le dedicó una de sus espectaculares sonrisas.

Armando Lugo, el actor más cotizado de la televisión, lo había visto en todas sus novelas; desde la primera vez que protagonizó “Bajo la luz de la luna”, se enamoró de él y del amor que le profesaba a Cristina Ocando. Pero verlo en persona era algo totalmente distinto, incluso más bello, si eso era posible, su cuerpo delgado y obviamente tonificado, parecía la receta para el delirio. ¿Cómo era posible que existiesen personas tan hermosas?

Él tomo su café y luego se detuvo un instante, como mirando para comprobar que todavía el mundo seguía girando a su alrededor. Siguió caminando resuelto hacia su mesa, colocó el café y se sentó con confianza, era sexy hasta bebiendo su latte. Sus ojos de repente se encontraron con los de ella, fue una cosa de segundos, pero el corazón le latió rápidamente al sentirse vista por ese espectáculo de

hombre. Él no apartó su mirada, la recorrió evaluándola, siguió así por unos segundos, fue un instante mágico que parecía no acabar hasta que algo interrumpió la magia.

Ella entró y el mundo hizo silencio ante su imponente presencia; era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, alta, delgada, de formas perfectas, su cabello negro como el azabache contrastaban con su blanca piel de porcelana. Sabía que era la mujer más guapa y lo proyectaba con su seguridad y estilo. Llevaba poco maquillaje, sólo un rojo vibrante en los labios y unas modernas gafas *Celine*; parecía una diosa del cine. Pasó delante de él y éste la miró con cara de emoción, sin embargo, ella solamente le dedicó una sonrisa displicente, como saludarías a cualquier desconocido en la calle.

Carolina se sentía privilegiada de compartir un espacio con esas dos grandes estrellas de la televisión, era su primer día de trabajo y ya estaba disfrutando el estar cerca de sus ídolos, todo parecía entonces comenzar con buen pie. Aunque ya había terminado su café, se quedó allí porque no quería perder detalle. Él se levantó de su asiento y avanzó hacia donde estaba Marie DePoll, se quedó parado frente a ella como esperando que ésta se percatase de su presencia. Segundos después, levantó la vista de su celular y se quedó mirándolo, como fastidiado por la interrupción.

Desde su mesa, Carolina no podía escuchar lo que se decían, pero, por los gestos, podía casi adivinar qué estaban hablando; él parecía convencerla de algo y ella se mostraba particularmente fastidiada, por fin, ella sonrió mostrando su encantadora dentadura cuando él le dijo algo que le causó risa. Entonces, se levantó con gracia y él la tomó del brazo, ambos salieron lentamente y parecía que la magia se había ido con ellos. El lugar volvió a ser el mismo de siempre, cotidiano y, aunque hermoso, vacío.

—¡Guao! Le dijo la chica del mostrador con gesto soñador, qué hermosos se ven juntos ¿verdad?

—Sí, respondió Carolina, son muy guapos.

—¿Guapos? No cariño, guapo es mi vecino de enfrente; este hombre es una especie de Adonis, y esa mujer, por Dios, no me canso de verla, es bellísima ¿por qué será que hay gente así?

Jajajaja. Uno se siente mal solamente de estar parada cerca de una de esas personas. Bueno, por lo menos distraje mi vista.

—Ciertamente a cualquiera se le alegra el día así.

—Sí ¿verdad? Le dijo la chica con una sonrisa de oreja a oreja, y ¿tú trabajas aquí? Nunca te había visto.

—Estoy empezando hoy.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno, voy a tener un pequeño papel en la novela nueva que van a grabar.

—¿En serio? Vayaa qué bien. Me alegro mucho por ti, ¡qué bien!

—Gracias, qué linda.

—Y ¿es tu primer papel en la televisión?

—Sí, dijo con timidez. Antes sólo había trabajado en teatro.

—¡Qué emoción! Bueno, entonces hay que celebrar esto ¿te gusta el *mocaccino*? ¿O eres de esas que viven cuidándose la figura?

—No, jajaja, más bien creo que debo ganar peso, porque estoy muy flaca.

—Genial, bien por ti, yo engordo hasta con agua jaja. Entonces toma éste para celebrar tu primer día de trabajo.

—Pero...

—Tranquila, va por cuenta de la casa Le dijo guiñándole un ojo.

—Gracias, qué amable.

—Bueno, brindemos porque sobrevivas entre todas esas pirañas jaja.

—Ah ¿pirañas?

—Sí. Jaja.

—¿Quiénes?

—Todos, todos.

Estaba asustada cuando entró en la oficina y vio a todo el elenco reunido, se notaban cordiales, comentaban cosas graciosas entre sí, menos Armando y Marie; los dos parecían estar en otra dimensión, aislados en un universo diferente. Se mantenían en posición neutral y ella estaba leyendo cuidadosamente el libreto. Armando se mostraba inquieto, la miraba, pero Marie no le prestaba atención.

—Buenas, dijo Carolina tímidamente.

—Buenas, contestaron todos, menos Marie y Armando.

Este último la miraba atentamente, igual que en la cafetería, evaluándola, con un gesto neutral e indescifrable. Marie levantó la vista del guión y la miró como pensando si se habría equivocado de oficina, luego la observó detenidamente y, entonces, bajó de nuevo la mirada.

—Hola, siéntate. Le dijo sin verla, haciendo un gesto con la mano como mostrando todas las sillas del lugar.

—Gracias, dijo Carolina con un hilo de voz.

Esto la puso más nerviosa de lo que ya estaba, entonces recordó lo que le dijo la chica de la cafetería, que todos allí eran una pirañas, tragó fuerte, pero recordó que ella se había preparado para ese momento y se sentó con una actitud resuelta, levantó el cuello y echó los hombros hacia atrás.

—Buenos días, dijo Gustavo al entrar.

Vaya, dijo Carolina por dentro, no podía creerlo, era Gustavo Cortez en persona, este avanzó y se sentó al lado de Marie, quien lo saludó con una sonrisa, dándole un beso en cada mejilla.

—Marie, por Dios, no entiendo cómo haces.

—¿A qué te refieres Gustavo?, dijo con fingida modestia.

—Que cada día estás más bella, es increíble.

—Deja las zalamerías, jaja. Ni siquiera estoy maquillada.

—Pues, vamos, eres la mujer más guapa del mundo, no hay discusión.

—Como digas, dijo ella riendo encantada.

—¿Cómo estás Armando?

—Excelente Gustavo, ansioso por esta reunión, con ganas de trabajar como siempre.

—Muy bien, esperemos no tener ningún contratiempo, entonces esperamos a Manuel y ya podemos empezar.

Mirándola con gesto dubitativo, ella sintió un sudor helado perlándole la frente; el hombre la examinó en detalle y luego exclamó:

—Y tú ¿quién eres?

—Soy Carolina, eh Carolina Mosquera, dijo desafinando la voz.

Al fondo se escuchó una risa mal disimulada, eso la hizo apenarse tanto que sintió cómo el rubor se le subía al rostro.

—Ah, bien, y ¿qué estás haciendo aquí?

—Me contrataron para un papel en la novela.

—Bien, y ¿cuál es tu personaje?

—Layla Durán.

—Mmmm, eres nueva y te contrataron para ese personaje, ¿segura que te dijeron Layla Durán?

—Sí, segura, el director de casting me lo asignó.

—Ese personaje es bien difícil, sabes, fue el primero que creé, no sé si ya has leído la historia, creo que no; al principio parece sin importancia, pero a medida que esta trama evoluciona, toma mucho protagonismo, tú no tienes experiencia, le dije recostándose en la mesa y mirándola inquisitivamente ¿crees que estás capacitada para ese papel? Porque precisamente ese personaje es muy importante para mí, y si te soy sincero, quería a alguien en específico para él, una persona que no eres tú.

—Sí, estoy capacitada para hacerlo, le contestó un poco nerviosa.

—Entonces, tendrás que demostrarlo.

—Está bien, dijo decidida.

—Muy bien, entonces quiero la escena del baile erótico.

—¿Aquí?

—Sí, aquí y ahora.

El corazón le latía a mil por segundo; era Gustavo Cortez, diciéndole eso, cualquiera se habría desmayado, pero a pesar de ser muy tímida, Carolina era una mujer valiente y había estudiado desde pequeña para ser actriz, así que no dejaría que el capricho de un escritor le robara su sueño.

Sintió que se desmayaba, pero respiró hondo, se levantó ante la mirada atónita del elenco y el gesto impenetrable de Marie DePoll, Armando la observaba perplejo. Caminó hasta la puerta, repitiéndose en voz baja, tú puedes Carolina, tú puedes. Respiró hondo, se subió un poco la blusa dejando su abdomen al descubierto para entrar en el personaje, cerró los ojos y entonces volteó.

Todos se quedaron boquiabiertos, ya no era la misma, su gesto había cambiado, sus facciones parecían más marcadas y tenía una sensual sonrisa de medio lado. Caminó con paso sensual como si fuese una pantera, miró alrededor, parecía otra persona, entonces clavó sus ojos en Armando y comenzó a bailar sensualmente. Se

montó sobre la mesa, siguió bailando y avanzando, moviendo sus caderas como una bailarina profesional.

Siguió caminando hasta que llegó frente a él, éste tenía la boca abierta por la impresión, ella se echó su larga melena hacia atrás, puso sus manos sobre los hombros de él, le sonrió y le dijo: —Te vi desde el otro lado del salón y me encantas, si vienes conmigo te mostraré el paraíso.

Armando se quedó callado, como hipnotizado, no podía dejar de mirar sus hermosos ojos verdes, en los cuales no había reparado hasta ese momento.

—Hasta el paraíso, repitió ella esperando que él dijese sus líneas.

Pero él no contestaba, seguía mirándola con los labios mudos.

—Armando, vamos, dijo Gustavo riendo, responde ¿se te olvidaron tus líneas?

—Eh, eh, no puedo, no recuerdo lo que tenía que decir, lo siento.

—Jajajaja. Vaya, increíble, Armando no te conozco, esto es realmente increíble.

Carolina no había perdido su personaje y siguió actuando, lo miró sensualmente, acercó sus labios a los suyos, entonces exhaló un suspiro, se alejó, luego se levantó y dijo.

—Mejor no, no me gustan los guapos, traen muchas complicaciones cariño, dijo echándose el pelo hacia atrás.

Sintió que ese era el momento de arriesgarlo todo, era eso o nada, entonces comenzó a improvisar, así que miró alrededor y detuvo su mirada en Gustavo, se acercó y le dijo: —Ven cariño, ¿quieres ir al paraíso?

Y le estiró el brazo para que él lo tomara, Gustavo le agarró la mano y ella lo empujó hasta arriba de la mesa, bailó unos instantes y luego.

—Tú sí me gustas, ven y cumpliré lo prometido.

Su voz parecía más profunda y sensual, nada que ver con su tono añorado y discorde de minutos antes. Gustavo la seguía y ella con cuidado lo bajó del otro lado de la mesa, allí lo miró sensualmente, se acercó a sus labios y él casi la correspondía, ella se apartó, volteó, avanzó hasta la puerta y se quedó de espaldas, entonces se bajó la blusa y cuando los miró otra vez tenía su expresión infantil y su aire

aniñado.

Lo miró como esperando su dictamen, él tardó unos segundos en reaccionar, suspiró, y al fin dijo: —¡Uff, vaya! Mientras se pasaba una mano por la frente. Mejor me quedo callado o esta noche dormiré en el sofá, jajaja.

Todos comenzaron a secundar su risa, ella caminó nerviosa y con las piernas desmayadas del temor se sentó, esperando no haberse sobrepasado.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Carolina Mosquera señor.

—Eso fue... increíble. Eres una excelente actriz, ¿verdad Armando? Jajaja, ¿necesitas un minuto? Le dijo con descaro.

Armando lo miraba en silencio, serio, con el entrecejo fruncido, parecía sorprendido, como si un tren lo hubiese atropellado de improvisto.

—Bueno, con ese silencio lo dices todo.

—Tú, dijo mientras se levantaba. Tú, y llegó frente a ella con el rostro encendido de la emoción. Tú eres Layla, tú, y nadie más, si puedes lograr eso, eso. Dijo señalando a Armando. Con ese hombre que ha estado como con un millón de mujeres.

—¡Gustavo! Le dijo él contrariado.

—¡Ah! Le contestó haciendo un gesto para se callara. Si puedes hacer eso, puedes lograr este personaje. A ver mi niña ¿dónde has estado toda mi vida?

—Yo... dijo dubitativa.

—A eso me refiero, que eres como dos mujeres; ahora eres la niña y allí arriba, eras, eras la víbora y eso es lo que necesito, dos mujeres en una. ¡Qué suerte la mía! Lástima que Manuel no haya estado aquí.

Entonces, se acercó al teléfono y le dijo a la secretaria, por favor necesito hablar con Omar Fuentes ya, colocando el teléfono en altavoz.

—Sí señor, ya lo comunico.

—Dime Gustavo, respondió Omar.

—Que te mereces un aumento.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo, pero ¿por qué lo dices?

—Aquí tengo frente a mí a la señorita Carolina Mosquera.

—¡Ohh, excelente! Y ¿qué te pareció?

—Pues, te diré que casi hace que Armando se nos desmaye.

—¿Por qué?

—Pues la mandé a hacer una escena de baile y... esta mujer es increíble, hasta yo perdí la cordura, gracias, gracias, esto es justo lo que necesitaba, eres el mejor.

—Te dije que tengo buen ojo.

—Sin discusión, gracias Omar.

—De nada.

—Que estés bien.

—Bueno, continuemos entonces. Ahora ya estamos completos con la señorita Layla aquí presente.

—Gracias, señor Gustavo.

—Nada de señor cariño, Gustavo, para ti soy Gustavo.

—Ok, pero es que yo lo respeto mucho.

—No, nada de eso, vamos mujer, tú y yo tendremos una larga conversación después ¿ok?

—Está bien, le dijo nerviosa.

En eso entró Manuel, el director de la novela y empezaron formalmente la reunión, al terminar todos se fueron retirando, algunos se despidieron de Carolina felicitándola por sus dotes histriónicas, mientras otros pasaron de largo, viéndola como a una futura amenaza. Ella se quedó sentada, mirando el libreto y tratando de entender los diversos matices de su personaje, el cual tenía alcances que ella no había imaginado.

—Carolina, le dijo Gustavo, ¿puedes reunirte conmigo mañana?

—Sí, claro, como usted diga.

—Necesitamos conversar varias cosas de tu personaje, la reunión será aquí en conjunto con Manuel ¿te parece a las 9:30 a.m.?

—Sí, como usted diga.

—Ok, muy bien, me gusta tu actitud, le dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Hasta luego Carolina, le dijo Manuel.

—Hasta luego señor.

—Y bienvenida a “El Diario de Sonia Ortiz”.

—Gracias señor.

Al final, sólo quedaron Armando y Marie, éste se levantó y se acercó a ella.

—Sabes, esa escena, ¡guao! Eres una muy buena actriz.

—Gracias, usted también es muy buen actor.

—Pero tú, tienes algo especial, cuídalo, no dejes que nada ni nadie te lo quite.

—¿A qué se refiere?

—A un factor “X” que pocas personas tienen, otros lo fabrican, lo fingen, pero tú, tú naciste con él, considérate afortunada.

Marie lo miró con gesto malicioso y desde donde estaba sentada, miró a Carolina y dijo: —Tienes agallas muchacha, eso me gusta, así debemos ser las mujeres aquí en este medio, pero ten cuidado, que no te encasillen en ningún rol.

Entonces, se levantó con gracia felina, tomó su bolso *Chanel* y se dirigió elegantemente hasta la puerta, no sin antes decir: —A las 5:00 p.m., Armando, ni antes ni después. Sabes que detesto la impuntualidad.

—Bien, como tú digas.

—Bien. Y salió caminando como si estuviese en una pasarela.

—Carolina ¿no?

—¿Y qué edad tienes?, te ves muy joven.

—23 señor.

—¡Ja, vaya!, eres muy joven. Aprovecha, tendrás muchas oportunidades aquí, no dejes escapar ninguna. Pero no me digas señor, vamos, ¿acaso soy tan viejo así? Dime Armando.

—No, no, jajajaja, para nada, es por respeto y gracias por el consejo.

Él la miraba distinto con un brillo especial en sus ardientes ojos, la recorrió disimuladamente y luego dijo: —Muy bien, cariño, ¿trajiste tu auto?

—No señor, no tengo auto. Que digo Armando.

—¿En serio?

—Sí, dijo con naturalidad.

—Jajaja, me caes bien, aquí todos fingen tener cosas que no tienen, pero tú eres muy... sencilla.

—¿Ah sí? Le dijo ella con inocencia.

—Jajajaja, eres increíble, ven te llevo.

—¿A dónde?

—A donde quieras, a donde tú quieras, le dijo ofreciéndole el brazo.

—Ok, está bien, dijo con voz temblorosa, sintiendo una gran emoción.

Al salir tomada del brazo de ese hombre no podía creerlo, unas horas atrás él era como un sueño, el protagonista de sus novelas favoritas, su ilusión desde que tenía 14 años. Pero ahora la conducía con caballerosidad hacia su auto, un flamante convertible rojo. Creyó que estaba soñando, entonces se peñiscó con disimulo para estar segura de que no era otra de sus elaboradas fantasías.

Acto 2.

De la fantasía a la realidad

- ¡Oh vaya! Este auto es fascinante, nunca había visto uno igual.
- ¿En serio?
- Sí, qué es, ¡guauooo!, ¿y eso es para qué?
- Ya va, jajaja, espera, es un GPS.
- Ahhh, ok, ¡qué hermoso es este auto!
- Bien, ya lo dijiste, ¿a dónde quieres que te lleve?
- Voy a mi casa.
- Oh qué aburrida, vamos a otro lugar.
- Es que tengo que ayudar a mi mamá a hacer unas cosas.
- ¿Tu mamá? ¿Vives con tu mamá?
- Sí, así es.
- ¡Qué extraño!, sí que eres una persona particular.
- La verdad, no sé por qué le parece todo de mí tan raro, soy alguien más bien convencional.
- Pues, para mí eres rara, fascinante, creo que debería quedarme cerca de ti para aprender de todas esas cosas extrañas.
- Jajajajajaja. Como usted quiera, que digo, como tú quieras.
- Bien, mucho mejor, nada de usted, nada de eso y nada de ir a tu casa. Ahora vamos a un buen bar que conozco por aquí.
- ¿Un bar?
- Sí, no me digas que tampoco has ido a ninguno.
- Mmm bueno, no propiamente.
- Jajaja, por Dios, contigo me voy a divertir mucho.
- ¿Cómo es eso? Dijo frunciendo el ceño.
- Perdón, lo que quise decir, es que contigo voy a disfrutar por lo novedoso que me resultan tus actitudes, creencias, situación de vida, etc., etc.
- Mmm, ok, bueno.
- Y... ¿desde cuándo actúas?
- Desde que tenía cinco años, mi primer papel fue en una obra

escolar.

—¡Oh cielos! Me refiero a profesionalmente.

—Bueno, empecé a hacer teatro desde que tenía quince años, ahí supe con seriedad que deseaba dedicarme a esto, ser una gran actriz.

—Sabes, cuando tú tenías quince años, yo estaba trabajando en la televisión.

—Lo sé, siempre veía sus programas y novelas. Se recuerda de “Luna azul” y el “Show de Armando” jajajaaja, esos programas me gustaban mucho.

—Por Dios, ahora me siento terriblemente viejo, jajajaja. El Show de Armando, detestaba ese programa.

—¿En serio? Se veía tan feliz.

—No creas en todo lo que ves en la televisión, el 90% son mentiras, patrañas, juegos de cámaras, de luces, que te hacen pensar y sentir cosas, pero en la vida real, todo es muy distinto.

—Y...

—¿Qué?

—No nada, en fin, yo... bueno...

—Jajajaja. ¿Qué paso? Ah mira, ya estamos llegando, este es el lugar que te dije.

—Es bonito.

—Es un ambiente excelente y muy exclusivo, ya verás.

Cuando entraron, ella se impresionó; era un lugar con una estética barroquista, abigarrada como un moderno Rococó. Inmenso, exclusivo, donde el azul celeste se mezclaba con tonos dorados de una forma única y exquisita.

—¡Oh vaya!

—¿Te gusta?

—Sí, es muy bonito.

—Sabía que te iba a gustar.

—Oye, le dije al mesero, por favor, ¿qué deseas?

—Ahhh, un jugo.

—Jajajajaja. Un trago niña, ¿qué deseas?

—¡Ohhh, no bebo! La verdad, no estoy acostumbrada a beber.

—Ya veo, bien, por favor joven, tráeme un whisky y para la

señorita un Cosmopolitan, por favor.

—Muy bien señor.

—¿Cosmopolitan?

—Es un coctel.

—Lo sé, pero es temprano para eso ¿no?

—Mmm bueno, en algún lugar del mundo deben ser las 9:00 p.m., ¿no crees?

—Con esa lógica, todo se justifica.

—A ver, sígueme contando de ti.

—Y ¿con quién hiciste teatro?

—Primero, con un grupo juvenil y luego estudié con Vera Domínguez.

—¿Vera Domínguez? Qué bueno, ella también fue mi profesora.

—Es extraordinaria.

—¿Y por qué nunca te había visto por aquí?

—Traté de entrar en otro proyecto, pero no quedé, me dijeron que parecía una niña.

—Y aún lo pareces, en realidad.

—¿Y eso es malo?

—No para mí, le dijo mirándola de arriba abajo.

—Oh vaya, se ve delicioso, dijo Carolina recibiendo su coctel.

—Gracias joven.

—¿El señor desea algo más?

—No por ahora, gracias.

—Te tratan con mucha familiaridad.

—Siempre vengo, de hecho esta es mi mesa.

—Jajajajaja, pensaba que esas cosas sólo pasaban en las novelas.

—No, jajajaja, ¿nunca sales? ¿Qué haces? ¿De dónde te sacaron?

—Eh, no, dijo ella un poco apenada. En realidad, mi vida es prácticamente trabajar, casi no salgo.

—Es increíble, definitivamente que eres muy rara, pero ya arreglaremos eso.

—¿A qué se refiere?

—Creo que te tengo que enseñar qué es la vida, más allá de tu

trabajo, la casa o tu... mamá.

—¿Me tiene que enseñar?

—Sí cariño, ¿te has visto en un espejo? Eres muy hermosa, tienes que proyectar esa belleza, mostrarla, así como hiciste en esa fabulosa escena de Layla.

—Estaba actuando, esa no soy yo.

—Eso no lo sabes.

—¿A qué se refiere?

—Primero volvamos al tú, segundo; cuando actuamos estamos reflejando parte de nuestro yo interior. Lo creamos o no, lo sepamos o no, tomamos nuestros recuerdos, lo interno, los deseos reprimidos, eso es lo que proyectamos, no podemos actuar desde lo que no conocemos, así que en algún lugar de ese lindo cuerpo debe estar Layla, por ahí debe andar.

—Mmm, ¿de dónde sacó?, es decir, ¿de dónde sacaste eso?

—Del método.

—¿El método?

—Strasberg cariño ¿sabes quién es?

—Sí, claro, ok.

—Para mí es la base de toda actuación. Es fascinante y peligroso.

—¿Peligroso?

—Sí, porque ahondas en lo más profundo y te puedes encontrar con muchos fantasmas.

—¿Y con cuántos se topó?

Él se acercó a ella empinándose en la mesa y luego le dijo susurrando: —Muchísimos.

—Me imagino, y ¿con quién lo estudió?

—En Actors Studio.

—¡Estudió en Actors Studio!

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—No sé, jajajaja. Es que nunca había conocido a nadie que estudiara allí, ¡guao, qué fascinante!

—Claro que lo es, eso me hizo ser el actor, un verdadero actor, el método es el método.

—No me refería a eso.

—Entonces ¿a qué te referías?

—A ti, la manera que hablas, yo pensaba diferente.

—¿Por qué?

—Yo pensaba que... olvídalo.

—No pensabas que fuese alguien con profundidad, sino un superficial, digámoslo así, solo apariencia.

—No, no, no lo insultaría de esa manera, es que me impresionó lo de Strasberg.

—Sabes, soy un hombre inteligente, no creas que no me doy cuenta de que muchas personas me ven como alguien superficial, pero ¿quién dice que ese soy yo?

—No es el hombre del deportivo rojo entonces.

—No, no lo soy, eso es para los reporteros y las fans.

—Y ahora es usted o ¿también está actuando al hablarme del método y todo eso?

—Jajajaja, ahora contigo soy yo y te confieso, desde que te vi en la cafetería me llamaste la atención, hay algo en ti, me inspiras confianza, por alguna extraña razón que no he descifrado.

—Debe ser porque soy nueva, no se siente juzgado y puede ser como es realmente y no como otros esperan que lo sea.

Armando se le quedó mirando profundamente, le impresionaba esa mujer que con delicada sencillez podía leerlo como si fuese el periódico del día. Además, le parecía hermosa con su cabello castaño y ojos verdes, con esas lindas pecas en sus mejillas y aquellas que pícaramente se le asomaban por los hombros. Pensó qué había más allá en el norte y en el sur.

—¿En qué piensa?

—Mmm, en ti, que eres un lindo misterio para mí, ¿te digo la verdad?

—Por favor.

—Hace mucho tiempo que no conocía a alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Sí, una persona sincera.

—¿Y quién le dice que estoy siendo yo?

—Jajajajajaja, eso estuvo muy bueno. Pero sí me lo dice algo cariño.

—¿Qué?

—Esos lindos ojos tuyos, que son transparentes, como el agua.

—¡Ja! Suena como un diálogo de una de sus novelas.

—Lo es, estoy citando.

—Jajajajaja, me gusta, me gusta.

—Y tú me gustas, eres muy perspicaz.

—¿Por qué no me dice algo suyo, que no sea un diálogo de sus novelas?

—Bien, mmm, esas pecas tuyas me gustan, quisiera conectarlas, quiero descubrir qué formas puedo crear con ellas.

—Jajajaja, eso estuvo bien.

Cuando él le dijo esas palabras inesperadas, sintió que se le subían los colores al rostro, el calor abrazador en sus mejillas e, inconscientemente, trató de mirar para otro lado y que él no se diera cuenta de su vergüenza.

—Oh, este lugar es hermoso, en verdad entiendo por qué le gusta.

—Jajajajaja Dios.

—¿Qué?

—No sé cuántos años tenía que no conocía una mujer que se sonrojara, creo que desde mi novia del liceo.

—No estoy sonrojada.

—Sí que lo estás jajajaja, eres hermosa, la verdad me alegraste el día ¿sabes? Yo... ¡Oh santo cielo!

—¿Qué?

—Ya casi son las cinco. No me había percatado que el tiempo pasó tan rápido.

—Ok, sí tiene una cita con la señora Depoll ¿cierto?

—Sí, sí, ¿cómo lo sabes?

—Porque ella lo dijo cuando salió de la oficina.

—Es verdad, bueno nos tenemos que ir cariño.

—Me imaginé, eh, ¿cuánto es el coctel?

—Jajaja, ¿qué?, no, por favor. Yo pago por supuesto, yo invito, yo pago.

—Ahhh, bueno, dijo ella levantándose.

—Espera.

—¿Qué?

—Mírame por un instante.

—Ok.

Armando se le quedó mirando y ella sentía una suave sensación por todo su cuerpo, algo que nunca había experimentado, esa mirada varonil, sensual, sus ojos eran increíblemente brillantes y negros, tan negros como la noche. De él destilaba un aroma sensual y casi salvaje, por un segundo se sintió transportada a otro lugar, deseó que él la tomara en sus brazos, la besara y le hiciera muchas cosas más. No supo cuánto tiempo estuvieron así, pero, para ella podrían ser horas, prácticamente sentía su aliento, el suave murmullo de su respiración cálida y con un tibio aroma a canela molida.

—¿Ya?

—Espera, espera.

—Jajaja ¿qué pasa?

—Shuu, calla un instante.

—Dios.

—¿Qué?

—Tus ojos, mirar en ellos es como, como, no jajaja te vas a reír. Lo que te iba a decir suena demasiado cursi.

—A ver, quiero oírlo.

—Es como, como ver una galaxia, con mil estrellas allí.

—Jajaja, ese diálogo no lo recuerdo.

—No es de un guión, lo acabo de inventar.

—Bien por ti.

—Jajajaja. Sabes, me gustas, eres sarcástica, pero de una forma linda.

—Bien, le dijo ella con una hermosa sonrisa.

—Lástima que me tenga que ir.

—Sí, pero no se le hace esperar a Marie DePoll ¿cierto?

—Así es, le dijo parcamente.

Cuando salieron, había un montón de personas afuera y dos fotógrafos; las mujeres lo miraban emocionadas y muchas chicas le gritaban a todo pulmón “Armando te amo”, “Armando cástate conmigo”, “Armandoooo”.

—Jajajajaja, podría acostumbrarme a esto, le dijo Carolina emocionada por las reacciones de la gente.

—Lo haces y créeme, puede convertirse en una pesadilla.

Mientras iban en el auto, Armando se volteaba para verla; ahora que había hablado con ella le parecía más hermosa de lo que pensó al principio. Esos hermosos ojos verdes le tenían fascinado, pero había algo más que no podía descifrar, algo que le hacía querer desentrañar ese misterio tras sus hermosos labios color rosa.

—Si quieres me puedo quedar aquí, aquí.

—Pero te puedo llevar a tu casa.

—No, aquí trabaja una amiga, en esta heladería y quedé en verme con ella. Ya sabes, para contarle cómo me fue en mi primer día.

—Lindas las dos, como unas colegiales.

—¿Se burla de mí?

—No, sino que me causa asombro. En fin, te dejo aquí entonces.

—Gracias por traerme y gracias por llevarme a ese sitio tan lindo, dijo bajándose.

—¿Y te vas a despedir así?

—¿Así cómo?

—Tan parca, ¿ni un beso?

—Mmm, pero en la mejilla ¿ok?

—Jajajajaja, eres lindas sabes, está bien en la mejilla.

Carolina se inclinó y le dio el beso, él lo hizo en cámara lenta retrasando el momento, ella pudo sentir su delicioso aroma; una mezcla de cuero, canela y otra esencia que no logró identificar, pero que le generó un estremecimiento interno.

—Bien cariño, ¿entonces nos veremos mañana?

—¿Mañana?

—Sí, tenemos una lectura luego de tu reunión con Gustavo y Manuel.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¡Oh, vaya no sabía!

—Bueno ya lo sabes, le dijo con gesto muy serio.

—Bueno, lo dejo entonces, creo que allí lo están mirando otras chicas jajaja, me voy antes de que se arme un escándalo.

Ella se bajó y su corazón latía a mil por hora; estaba teniendo el día más emocionante de toda su vida; primero las alabanzas de Gustavo, luego conocer a Armando y ahora él la llevaba a un sitio a

tomar, la paseaba por la ciudad y al día siguiente lo vería otra vez. Salió casi levitando en dirección a la heladería, se sentía de 15 años otra vez, recordó cómo a esa edad vio por primera vez a Armando y deseó que fuese su novio, y ahora él estaba allí cerca de ella, le decía que era hermosa y que le gustaban sus pecas, era como estar en el paraíso.

Armando se le quedó viendo mientras ella caminaba alegremente hacia el otro lado de la calle y se dijo para sí mismo con una sonrisa: “¡qué linda! Recuerdo cuando tenía esa edad”.

—Vamos Armando, ¿qué pasa?, Marie te está esperando, si llegas tarde te asesina.

Entonces, puso la primera velocidad y aceleró camino a ver a esa mujer que le estaba esperando.

Acto 3.

Descubriendo una ilusión

—¡Vaya! Quince minutos tarde Armando, esta vez te luciste, déjame adivinar estabas enamorando a esa muchachita nueva...eh, no recuerdo su nombre.

—¿Cuál muchachita?

—La nueva, no recuerdo cómo se llama, carne fresca jajaja. Sé que te gusta mucho eso.

—¡Oh vaya! No, claro que no, tú sabes que eres la única para mí.

—Jajajajaja, por Dios, ¿sabes con quién hablas verdad?

—No seas así Marie, démosle un poco de ilusión a esto.

—No hay esto, ya sabes bien cómo son las cosas, no vas a empezar como el otro día.

—No, no te voy a molestar más con eso.

—Me parece bien, bueno a lo que vinimos, desnúdate.

—Pero, ¿así nada más?

—Nada más, no tengo mucho tiempo. Javier regresa de Italia hoy, así que vamos, vamos.

—Está bien, pero quiero que sepas que esto es muy poco romántico.

—¿Romántico? ¿Quién eres y qué hiciste con Armando?
¿Romántico, de qué hablas?

—Olvídalo, ven, dijo mientras se desnudaba.

—Mmmm, has estado haciendo ejercicios, te ves más sexy que de costumbre.

—Sí, mi entrenador cambió mi rutina, necesito tener más músculos para la nueva novela.

—No me digas, ¿para tus escenas de amor con la bella Layla Durán me imagino?

—Y contigo...

—Bueno ahora podemos ensayar cariño, ven, le dijo llamándolo con la mano.

Él la besó profundamente y, a pesar de su belleza y cuerpo escultural, no sintió nada; la primera vez que estuvieron juntos, su emoción provenía más del renombre de ella, que de una atracción real, pero era una mujer espectacular. Se entendían, eran contemporáneos y compartían muchas cosas en común, la actuación, los sueños de grandeza, el ser objetos sexuales y muchas cosas más, pero sin embargo, no lograba nada con ella más allá de un simple acto sexual.

Y hoy especialmente, se sentía profundamente lejano, su mente divagaba, hasta que dio con un pensamiento concreto, los ojos de Carolina, él mismo se sorprendió, nunca le había pasado eso, mientras Marie lo besaba y se encontraba sobre él, pero su mente no estaba allí.

—¿Qué te pasa?

—¿De qué?

—No sé, estás muy raro, como si no estuvieses aquí.

—Claro que estoy aquí, ¿no me ves?, le dijo tomándola por la cintura y acomodándola sobre él.

—No me refiero a eso, no sé, estás muy raro.

—Ven, quieres que te demuestre lo mucho que estoy aquí, ya verás.

Entonces la tomó y penetró con fuerza haciéndola gritar, mientras ella se retorció y gemía, Armando no podía evitar distraerse, aunque sentía la deliciosa sensación de placer, era algo vacío; él mismo no entendía, estaba esa hermosa mujer allí, tenía sexo con ella, muchos matarían por eso y él se sentía insatisfecho. Su piel era de un color blanco nacarado, el hermoso e increíblemente lustroso cabello negro le caía sensualmente por los hombros, contrastando con su color níveo y esos increíbles ojos azules como el cielo; el cuerpo escultural que se movía con él a un delicioso ritmo, la estrecha cintura y las fabulosas caderas de guitarra, la sostenía con fuerza por los glúteos, pero aún así, no sentía nada.

Estás loco hombre, ¿qué te pasa?, se dijo. Estás teniendo sexo con la mujer más sexy del país. Vamos pórtate como un hombre, vamos, vamos, pero sentí que no podía. Ella seguía moviéndose y se retorció de placer, se daba cuenta de que ella estaba a punto del

orgasmo y él no sentía nada, se estaba preocupando.

Mientras ella tenía su orgasmo, él no pudo sentir nada; era la primera vez que le pasaba una cosa como esa, estaba realmente impresionado. Marie se recostó a su lado, él se levantó y fue al baño, se miró al espejo.

—Vamos hombre ¿qué te pasa? ¿Eres un hombre o qué? ¿Qué me pasa?

Al salir del baño, Marie lo estaba mirando, él trato de componerse, le sonrió y se recostó a su lado.

—¿Qué pasó?

—¿De qué?

—Vamos, sabes a qué me refiero.

—Nada, no pasó nada.

—Exacto, a eso me refiero a que no pasó nada.

—Mmmm, no sé, nunca me había pasado.

—Por lo menos conmigo no.

—Con nadie, no sé, disculpa, estoy cansado.

—Estuviste con esa muchachita.

—No, claro que no, ¿de dónde sacas eso?

—Por tu actitud.

—Sabes que ese no es mi tipo de mujer.

—Todas son tu tipo de mujer, le dijo levantándose de la cama.

—¿A dónde vas?

—Al baño cariño.

—Ok, ¿te acompaño?

—No, jajaja, no creo.

—¿Por qué la risa?

—Por nada, además estoy apurada, ya te dije que Javier llega hoy.

—Entiendo y ¿Javier no sospecha nada de nosotros?

—Por supuesto que no, además, no hay nada entre tú y yo, nada que no sea sexo y ahora pues ni eso.

—No te permito que me tratas así, le dijo levantándose intempestivamente.

—No te molestes, es sólo una broma.

—Esas no son bromas.

—Qué sensible, en fin, ya vengo.

Armando le dio un golpe a la cama, a él nunca le había pasado algo así, ahora había quedado como un estúpido frente a Marie, eso no le convenía. Se acostaba con ella porque era hermosa, pero también porque tenía influencias que le podían servir, sobre todo a nivel internacional. Ese era su deseo, proyectarse hacia otros países y hasta ahora no había podido; con 35 años, no le quedaba tanto tiempo como galán y eso le preocupaba. Ahora su reputación de macho había quedado empañada con este impase.

Cuando Marie salió del baño estaba vestida y arreglada, se acomodaba los puños de su camisa. Lo miró impávida mientras se acercaba a la puerta.

—Bueno cariño, te dejo.

—¿Te vas así nada más?

—¿Qué quieres que haga? ¿Que acabe el trabajo por ti?

—Mmm, no, no.

—Entonces, adiós. Nos vemos en la próxima reunión o en la lectura del guión, no lo sé.

—Bueno adiós entonces, que te vaya bien con Javier.

—Jajajaja, gracias.

Ella salió y él se remordía de la rabia, se sentía como un completo estúpido, estaba realmente molesto; entonces pasó un pensamiento por su mente, el rostro de Carolina, sus hermosos ojos verdes, ese cabello largo y liso, suave, su dulce sonrisa, su delicioso e inocente humor sarcástico.

—¿Qué tienes Carolina? ¿Qué tienes que me gustas tanto? Y sonrió para sí mismo, con una sensación diferente, algo que no lograba identificar.

Era una especie de ilusión, le emocionaba saber que al día siguiente la volvería a ver, además, en ella había algo, una sensación electrizante, como si hubiese algo inexplorado, como si en Carolina habitase otra, una que no se mostraba y que él deseaba sacar a flote; lo vio cuando ella se montó en la mesa y observó el sensual brillo en sus ojos, su sonrisa lujuriosa, la forma en que le habló. Todo estaba dentro y sólo se atrevía a salir cuando estaba actuando, por eso lo hacía tan bien. Después de todo, parecía que Layla sí estaba allí

dentro en algún lugar que él deseaba encontrar.

Recordó sus palabras, la escena y se estremeció como en ese momento, se dio cuenta que esa imagen le provocaba algo que desde hacía mucho tiempo no sentía con una mujer, una sensación electrizante y novedosa y, en ese momento tuvo, una erección ¡Oh vaya! Se dijo, así estuvo hasta que por fin acabó, se sorprendió de sí mismo, cómo era posible que ante una mujer como Marie no pudiera, ante tanta belleza y sofisticación y solo con el pensamiento de una chica, más bien simple, pudiera sentir todo eso.

Cuando salió del hotel iba con una sonrisa involuntaria, tenía que ir tras ese estímulo, tenía que estar con esa mujer, debía sentir esa sensación novedosa otra vez. Ya todas esas mujeres le daban igual, pero Carolina era distinta, debía tenerla, poseerla y volver a sentir ese increíble placer, de sólo pensarlo se estremecía. Sería muy fácil, una excusa, un lugar solitario, un beso y lo demás era pan comido. Una chica ingenua, y él sabía cómo tratarlas, al final de ese día la tendría en su cama, gozando entre sus brazos.

Se subió a su hermoso deportivo y aceleró, sólo tenía eso en su mente y casi no podía pensar en otra cosa. Fue a su apartamento, se cambió y salió nuevamente. Al entrar a la discoteca era el rey del lugar, apenas llegó, todos los ojos se fijaron en él, vio un montón de mujeres que le sonreían y le hacían gestos insinuantes, pero sabía cómo darse su lugar, parecía accesible, pero ninguna podía tenerlo, sólo aquella que él escogiera, aquella que le gustara, él escogía.

Miró alrededor y no vio nada que le llamara la atención, observó su vaso de whisky y lo movió ligeramente, estaba aburrido en una esquina de la zona VIP estaban dos jóvenes que conocía; dos chicos de moda, drogándose. Suspiró, ya él conocía muy bien hacia dónde iba eso, ya había pasado por todas esas cosas y sabía perfectamente que no llevaban, sino a un rincón sin salida. Se tomó de un solo golpe lo que quedaba en su vaso, miró hacia la pista y entonces vio algo que llamó su atención.

Comenzó en ese momento a sonar una música de moda, muy sensual, y una chica entró al centro de la pista, delgada con un cuerpo despampanante, se movía de una manera increíblemente sexy, llevaba un traje tan ajustado que no dejaba nada a la

imaginación. Se sonrió al ver que varios chicos trataban de acercarse para bailar con ella, pero la mujer sabía cómo desviarlos, los evadía y se apropiaba de la pista, la deseaba para ella sola.

Oh vaya, se dijo, por fin una rival a su nivel, esa noche lograría desahogar su frustración con alguien interesante. Dejó el vaso en la mesa y se dirigió confiado hacia la pista, se abrió paso y comenzó a bailar, apenas entró en ella, observó las miradas de las mujeres y el reconocimiento de los hombres. Sabía que era atractivo, su cuerpo era espectacular, incluso con la ropa resaltaba; llevaba unos jeans negros de diseñador y una chaqueta de cuero negra estilo motociclista y, debajo, una sencilla camiseta blanca. La ropa era sencilla, pero él la engalanaba, su cabello ondulado y brillante, lucía increíblemente sexy y su cuerpo sabía moverse al ritmo de la música.

Siguió moviéndose hasta acercarse a ella, de espaldas se veía demasiado sensual, sus piernas eran hermosas y deseó acariciarlas, tenerlas entre sus manos. Se acercó más, y casi sintió la calidez de su piel y ese delicioso aroma que le pareció conocido.

—¿Bailamos?, le susurró.

La mujer no se volteó, parecía no haberse percatado de su presencia ¿qué le pasaba? Todas deseaban bailar con él y ella no le prestaba atención. Así que se volteó para verla de frente y cuando lo hizo se quedó boquiabierto.

—¿Qué rayos haces aquí?

—¿Perdón?

—¿Qué haces aquí? Me dijiste que no venías a este tipo de sitios.

—Yo no, pero Layla sí, jajajaja, le dijo con una sexy sonrisa, la misma que tenía en el ensayo.

—¡Oh! No sé qué decir, eres...siempre logras sorprenderme.

—Me lo has dicho muchas veces hoy, tienes que cambiar tu argumento, le dijo sin dejar de bailar.

—Jajajajaja. ¡Dios! Me encantas, no sé, me dejas con la boca abierta.

—Ajam.

—Bailemos.

—¿Y qué rayos se supone que estamos haciendo?

—Bien, ven acá, te mostraré cómo se baila esto.

—Jajajajaja, sé cómo bailar.

Entonces lo trajo hacia sí, abrazándolo por la cintura y comenzó a moverse sobre él de forma insinuante. Parecía otra, era ella, la que él había intuido, esa que deseaba con todo su ser, era una locura sentir eso por alguien que apenas acababa de conocer, pero esa mujer lo tenía fascinado y, mientras bailaba, sentía cómo su cuerpo se erizaba, y esa sensación avanzaba por todo su ser. Ambos se movían al mismo ritmo, él la apretó contra sí y ella sintió algo.

—Creo que estás un poco emocionado.

—¿A qué te refieres?

Ella le hizo un gesto hacia su entrepierna, entonces él se miró y le sonrió.

—Bueno, fue un gusto bailar contigo.

—¿A dónde vas?

—A mi mesa.

—Ven a la mía, estoy en la zona VIP, vamos.

—Mmmm.

—Vamos Carolina.

—Layla, mi nombre es Layla Durán.

—Jajajajaa, ok como digas Layla, lo que tú quieras.

—Está bien vamos.

Se dirigieron hacia la mesa, él le sacó la silla, la miraba fascinado, no sabía qué le pasaba con esa mujer, pero sabía que era una persona increíblemente fascinante.

—¿Quieres tomar algo...Layla?

—Sí, quiero un ruso blanco.

—Bien, un ruso blanco y yo un whisky Daniel.

—Muy bien señor.

—Y bien gatita, ¿de qué se trata todo esto?

—¿Gatita?

—Sí.

—Jajajajaja, no soy ninguna gatita, diría más bien que me identifico con una tigresa.

—Jajajajajaja, bien, lo que digas.

—Me gusta este lugar, es mucho mejor que mi mesa.

—Es una de las mejores mesas.

—Me imagino.

—Y entonces ¿de qué trata todo esto?

—Estoy ensayando para mi personaje.

—Jajajajaja, me encanta eso, tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Qué tal si ensayamos que yo soy Alberto y tú eres Layla?

—Mmm, ¿quieres que haga la escena aquí?

—No allá, le dijo señalando la barra.

—Bien, dijo ella levantándose.

—Espera, era broma.

—Nada de juegos con Layla, no me gustan los juegos, al menos no de este tipo.

Entonces se dirigió hacia el Djs, le dijo algo al oído y él le sonrió encantado; paso seguido, puso una música que él bien conocía de Rihanna. Ella avanzó hacia la barra y comenzó a bailar, mientras todos la veían fascinados; su seguridad era aplastante, él no podía creerlo, le pidió al barman que le diera la mano y éste la impulsó hacia arriba, entonces comenzó a bailar sobre ella. No podía escuchar lo que decía, pero el chico de la barra parecía hechizado con ella, como si estuviera reproduciendo la escena erótica de la novela.

Dios mío esta mujer está loca, pero fascinantemente loca, se dijo emocionado. Luego se bajó sensualmente de la barra, ante la mirada atónita de las personas, los hombres parecían embobados, no podían dejar de mirarla, pero no se atrevían a acercarse. Ella era la mezcla justa de sensualidad y mujer fatal, todos la querían, pero ninguno tenía la hombría de ir por ella.

La supuesta Layla avanzó con seguridad y se sentó en la mesa de Armando, desde abajo todos seguían mirándola. Tomó el ruso blanco y se lo bebió de un solo golpe, Armando la miraba boquiabierto.

—¡Uff! Quiero otro.

—Ten cuidado, tiene mucho alcohol.

—Tranquilo, si me emborracho no te aprovecharás de mi ¿verdad?

—Nunca haría algo como eso, le dijo frunciendo el ceño.

—Jajajaja, no te molestes, sólo estoy jugando.

—Te gusta jugar, ¿eh?

—A veces.

—Ya veo.

—Vamos, quita esa cara jajajaja.

—Daniel dame otro whisky y un ruso blanco.

—Muy bien señor.

—Espera... tráeme un whisky a mí también.

—Como usted diga señorita.

—Vamos, ¿todo esto se trata de tu personaje o te gusta andar por allí coqueteando en las noches) —No, es parte de mi método de estudio, estoy explorando las posibilidades de mi personaje, si vieras lo que he hecho con otros jajajajaja. Una vez me adentré en la selva para un personaje que estaba haciendo, necesitaba sentir la angustia de estar perdida para poder expresarlo.

—Estás loca.

—Jajajajaja, todos estamos locos, ¿no te lo dijo Strasberg?

—No, no me lo dijo.

—Bien, dijo levantándose.

—¿Qué haces?

—Me voy.

—Pero... ¿por qué?

—Estás muy aburrido y me gusta la acción.

Él la tomó por el brazo delicadamente para detenerla.

—No voy a dejarte ir así a ningún lado, sola no.

—¿Y qué vas a hacer?

—Te llevo en mi carro.

—Bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes de ser un aburrido.

—Bien, lo que quieras.

—Y tú dime algo.

—Dime.

—¿Quién eres realmente, esta o la de ahora en la tarde?

—Mmm, dejemos que lo descubras por ti mismo.

Cuando ambos salieron, él no podía dejar de mirarla, hasta su lenguaje corporal era diferente, todos lo miraban, pero esta vez

presentía que no era por ser Armando Lugo, sino por la espectacular mujer que andaba con él. Se subieron al auto y ella se le quedó mirando, en su mente pasaron mil escenas donde la tenía desnuda en su cama, parecía tan fácil, al menos en teoría.

—¿Y bien?

—Nada.

Siguió pensando en todo lo que quería hacerle, en aquellas imágenes que había pasado por su cabeza. Pero no entendía por qué no decía nada; una de sus frases encantadoras que hacían derretir a las mujeres, con las cuales se había llevado a tantas a su cama.

—Y bien Armando.

—¿Dónde vives?

—Lejos.

—¿Dónde?

—Por Asturias.

—Bien, me vas indicando el camino entonces.

Cuando llegaron, era una urbanización familiar y, aunque bonita sin lujos, miró la casa y sintió una sensación extraña; algo le trajo recuerdos en su mente que creyó haber olvidado, sintió algo, una imagen que venía a su cabeza, su madre, creyó haberlo olvidado, pero ahí estaba nuevamente.

—Bien, gracias por traerme Armando Lugo.

—No tienes que decirme así, solo dime Armando y ya.

—Es que nos hemos visto tantas veces que me pareces tan familiar jajajaja.

—Y tú señorita deberías recostarte, creo que ese ruso blanco te sentó muy mal.

—Bien, lo que digas jajaja.

—¿Estás mareada?

—Un poco.

—¿Quieres que te lleve hasta la puerta?

—No es necesario.

—¿Segura?

—Sí.

—Bien, espera.

—Dime.

—Mañana bebe un jugo de tomate, eso te hará sentir mejor y una aspirina.

—Me siento muy bien ahora jajaja.

—Lo sé, pero créeme, mañana lo necesitarás.

—Bien jajajaja, lo que usted diga señor Lugo.

—Ok, ve a dormir, anda.

—No me vas a pedir un beso en la mejilla.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo quiero en la mejilla, anda ve a acostarte.

—Mmm, y...

—Vamos, anda, anda...

—Está bien, ya, ya voy.

Cuando ella se bajó, él esperó hasta que entró a su casa, luego tiró su cabeza sobre el volante.

—Vamos Armando ¿qué pasa?, ¿qué te sucede? ¿Qué te pasa con esta mujer? Bueno que me va a pasar, esta mujer es fascinante, increíble, ¿de dónde salió?

Se quedó mirando la puerta un rato más, pero en su mente no dejaba de darle vueltas la sexy imagen de Carolina bailando sobre la barra, parecía tan tímida y, de repente, ahora era otra vez la mujer de la escena, Layla, quería saber más de ella y en la mañana encontraría sus respuestas. ¿Era una farsante o sólo pasaba lo que ella le había dicho?, ¿era una actriz consumada o alguien que fingía ser algo que no era?

Su cuerpo le indicaba que necesitaba algo más, algo que no encontraría allí en esa puerta, no en ese momento. Entonces, miró el teléfono y buscó entre sus contactos.

—Hola Teresa, ¿cómo estás? Estaba pensando en ti y me dije dónde está esa chica maravillosamente sexy, jajajaja. Sí, claro, donde siempre amor, por supuesto, tú sabes que es así, para mí eres la única. Oh no, no, no digas eso, sabes que siempre pienso en ti. Oh vamos, sí, ok, te haré lo que te gusta, ya sabes. Bien, voy para allá, nos vemos.

Luego encendió el carro y se marchó, la noche todavía era joven, quedaban muchas horas para divertirse. A su cuerpo le daba lo

mismo quién fuese, pero su corazón era otra historia.

Acto 4.

Cuando nace una estrella

La oficina era amplia, de color blanco y crema, del lado derecho la ventana panorámica la dejaba ver todos los edificios, la mesa era refinada y de líneas ligeras, minimalistas. Allí estuvo sentada mirando alrededor un buen rato. Sentía un poco de malestar, tal como le había dicho, Armando amaneció con molesto dolor de cabeza, se tomó el jugo y la aspirina, y se sentía un poco mejor, ese juerguista sí sabía cómo sacarse una buena resaca, pensó.

—Buenos días señorita Mosquera.

—Buenos días, dijo ella observando un gesto extraño tanto en Gustavo como en Manuel.

—Bien, es usted muy puntual.

—Así es señor.

—Queremos hablar algo con usted primero.

—Dígame.

—Voy a mostrarle algo, le dijo acercándole una Tablet.

—Muy bien, dijo ella acercándose.

Cuando observó, era un video de ella bailando con Armando y luego sobre la barra del bar, moviéndose sugestivamente.

—¡Oh vaya! Dijo ella un poco contrariada, yooo.

—Bien, díganme que ambos planearon esto.

—No, en realidad no pasó así señor Manuel, sólo nos encontramos allí por casualidad.

—¡Oh vaya! Una coincidencia entonces.

—Así es.

—Bueno, eso no importa, dijo Gustavo. Esto se ha hecho viral en las redes.

—Bueno, yo le pido disculpas es que...

—¿Disculpas?

—Eh sí.

—¡Estás loca niña!

—Eh, no entiendo.

—Esto es lo mejor que nos pudo haber pasado, es la mejor publicidad gratis que pudimos conseguir, le dijo Manuel.

—¿Qué hacía en ese sitio y bailando como en la escena que ensayamos?

—En realidad estaba practicando para mi personaje, por eso estaba allí bailando.

—¿Practicando para tu personaje?

—Sí, verá, mi profesora de teatro me enseñó que cuando trabajara un nuevo personaje debía estudiarlo, saber cómo pensaba y sentía. Bueno, creí que el mejor lugar para conocer a Layla sería en un sitio así.

—Jajajajaja. Esta niña es increíble, ¿escuchas lo que dice?

—Sí, la estoy oyendo, le dijo Manuel riendo.

—No entiendo.

—Vamos, eres extraordinaria, me emociona de sólo oírte, tienes agallas cariño, ¿sabes lo que esto significa? Le dijo mientras le señalaba el video.

—Mmm bueno publicidad, usted lo dijo.

—Exacto y de la mejor, el dramático no ha salido al aire, vemos a Armando bailando con una sexy extraña, la gente se preguntará quién es, si están saliendo, cuál es la nueva conquista de Armando Lugo, por Dios, dijo llevándose las manos a la cara, ven acá.

—¿Qué?

—Ven acá, le dijo abrazándola, quiero abrazarte y besarte, eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, lo mejor desde que descubrí a Marie.

—¡Oh gracias!, le dijo ella mientras Gustavo la abrazaba con fuerza.

—Bien, vamos entonces a comenzar la reunión.

—No me quites la emoción Manuel, esto es monumental, ¿te imaginas a los reporteros?, ellos solos nos van a hacer todo, van a ver la novela sólo para saber quién es la mujer, van a conectar las ideas y nosotros los vamos a llevar hacia donde queremos, fascinante ¿no?

—Sí, fascinante, dijo ella por seguirle la corriente.

—Bien, Carolina, creo que has demostrado que estás en el personaje, con esto y lo que me contó Gustavo, me encuentro realmente intrigado contigo.

—¡Oh! ¿Quiere que actúe ahorita?

—No, no es necesario, ya vi tu audición y fue increíble.

—Lo que quiero hablar contigo son unas cosas del personaje; la dirección que quiero que tomes con él, la cuestión es que Layla es, como habrás podido ver en el guión, una mujer de día y otra de noche.

—Ok, sí.

—Entonces quiero que pienses en eso, por eso me fascina este video, aunque Gustavo está encantado con la publicidad, yo pienso también en tu actitud, eso me gusta porque veo que eres capaz de superar tu aparente timidez y aquí te ves como otra mujer.

—Allí estoy actuando señor.

—Exacto, eso es lo fascinante, que no parece que estuvieras actuando, parece que eres tú y eso me encanta, porque es precisamente lo que quiero para mi novela. Alguien así, verás no quiero algo forzado, sino natural, es un personaje complejo y mi temor, te lo confieso, es que la persona que lo hiciera construyera un personaje sobreactuado, una caricatura, era lo peor que me podría haber pasado y esto me deja muy tranquilo.

—Yo también pensaba lo mismo, por eso precisamente fui a ese lugar para hallar a la verdadera Layla, una que se viera natural, sin fingimientos, como si fuese yo misma.

—Amo a esta mujer jajajaja ¿Puedo amarte?

—Eh.

—Ya Gustavo, déjala tranquila. Bien, ahora necesitamos hablar otros detalles, se trata de tu imagen física.

—¿Qué tiene?

—Nada, nada, eres muy hermosa, pero te ves como una chica normal, necesitamos cambiar eso, tú eres una estrella y debes verte como tal. Te vamos a dejar con un especialista, esta persona es nuestro asesor, permíteme un momento. Eh Mariela, por favor, haz pasar a Enrique.

—Bien señor.

—Gracias.

—Buenas, buenas.

—Enrique, pasa. Te llamamos para que nos ayudes en este caso.

—Ohhh, vaya, vaya, tú eres la nueva chica, uff carne fresca.

—Enrique, por favor, compórtate.

—Vamos, no me digas que Armando Lugo no saltó encima de ti desde el primer día.

—No, más bien ella saltó encima de él, jajaja, sonrió Gustavo.

—Mmm, no entiendo, pero ustedes sabrán su cuento. A ver, déjame observarte bien, párate niña, ¡vamos!

Carolina se levantó y Enrique la examinó por todos lados dando vueltas a su alrededor como evaluando una buena obra de arte.

—¡Oh vaya!

Ella esperó y él estuvo así otra rato más, observándola detenidamente.

—Bien, tenemos un buen material de qué partir, eres muy linda, pero tenemos que trabajar mucho.

—Ok, dijo ella parcamente.

—Y no me digas que eres de esas que se niegan, que dicen que es su imagen, su marca... ya me sé eso de memoria y estoy hasta aquí, hasta aquí, si es así me voy de una.

—No, yo hago lo que usted diga señor.

—Ah ¿estoy soñando? ¿Sí?

—No, no estás soñando Enrique y ya dinos qué es necesario hacer.

—Bueno, lo primero es hablar con Jas, necesitamos un trabajo de masa muscular aquí y aquí, tienes un bonito cuerpo pero... no es suficiente para este mundo cariño, en la calle eres una niña linda, pero aquí no eres nadie y así menos.

—Bien Enrique, quiero que mires esto y me des tu opinión, le dijo acercándole la Tablet para que viera el video.

—¡Oh por Dios!, ¡oh por Dios! ¿De dónde sacaron eso? ¿Y este es Armando? ¿Y esta quién es...? ¡Guao! El muy desgraciado, anda ya con otra después que despachó a Ana Luisa, qué descaró, yo le dije a ella no...

—Espera, espera, no reconoces a la mujer del video.

—¿Que la voy a reconocer?, si es la primera vez que la veo en mi vida.

—Pero si ya la viste.

—¿Yo? Por supuesto que no.

—Allí la tienes, le dijo Manuel señalando a Carolina.

—¿Qué? No, no, ¿esta niña es esta zorra que está aquí?

—La misma que viste y calza.

—Vayaaaaa, me engañaste con esa cara de mosquita muerta. Oh y Armando por Dios, baila muy bien. Tienes que contármelo todo niña, todo.

—¿Qué piensas de esto?

—Que me dejas impresionado, si esto se convierte en eso, entonces ahora sí que como estilista haré magia, eso escríbelo, Darling.

—Bueno, nosotros nos retiramos Carolina, te dejamos en buenas manos, luego te pasarán la pauta para el primer ensayo ¿te parece?

—Muy bien señor Manuel.

—Perfecto.

—Adiós cariño, le dijo Gustavo lanzándole un beso con la mano.

—Adiós señor.

—¿Señor?, jajaja ¿ese? Jajajaja, bien, a lo nuestro. Como le dije a Manuel, lo primero es que Jas comience a trabajar contigo, tienes que aumentar masa cariño, así no podrás caracterizar tu personaje, estás muy flaca, ella te explicará lo que debes hacer; hay que broncearte, estás pálida como un papel, no se puede ser sexy con este color a menos que seas Dita Von Tesse, y creo que estaremos de acuerdo en que no es así.

Carolina observaba a este particular personaje; era un hombre joven, alto y calvo, de amplia sonrisa y ademanes exagerados, le parecía un personaje excéntrico, a pesar de sus exageraciones, a ella le cayó bien, porque en medio de su desparpajo le parecía sincero y sin poses.

—¿Me estás escuchando niña?

—Sí, señor, lo estoy oyendo.

—¿Señor? No cariño, no me digas así. Uff nada que ver, dime Enrique ¿bien?

—Bien Enrique.

—Bien chica lista, saquemos a esa gatita sexy que vimos en el video.

—Gatita no, tigresa.

—Uyyy bien, tú y yo sí que vamos a divertirnos, te diré algo, me caíste bien, yo te prometo que si me haces caso en todo lo que te diga, yo te convertiré en una estrella ¿me crees?

—Sí.

—Tienes buena actitud, ¿sabías que la actitud es el 80% de todo?

—Sí, lo sé.

—Muy bien, entonces actúa como quien quieres ser y lo serás. Te aseguro que llegarás lejos, muy lejos, conozco una estrella cuando la veo, y tú querida lo serás, te lo aseguro.

Acto 5.

Conquistando el nuevo mundo

Cuando escuchó el sonido del auto a toda velocidad, ella lanzó un grito de emoción, él no podía dejar de sonreír ante su encantadora espontaneidad; su sonrisa era contagiosa y le hacía sentir vivo por dentro. Del lado derecho se extendía la costa norte, con su línea de palmeras y la deliciosa brisa marina.

—¿A dónde vamos exactamente?

—A mi casa de la playa, te va a gustar.

—Ok, bien.

—Mira, una competencia de veleros.

—Ohhh fascinante, me encanta, me gusta cómo se ve la espuma dibujando líneas en el mar.

—Eres tan linda.

—Tú también eres muy lindo.

—¿Te parece?

—Sí.

—Gracias.

—Pero eso te lo habrán dicho muchas veces.

—No como tú.

—¿Y qué tiene de especial la forma como lo digo?

—Pues, el tono de voz, la sinceridad sobre todo eso, me gustan las personas sin poses.

—¿Y viste el video que nos hicieron’

—Sí ¿te molestó?

—No, me da igual, pero Gustavo estaba delirando.

—¡Ja! Me imagino, ya él y Manuel deben haber fraguado con los de publicidad todas las estrategias para promocionar la novela.

—Eso creo.

—Bien, entonces démosle una ayuda.

—¿Cómo?

—Ya pensaremos en algo interesante aquí.

—Bien, dijo Carolina con una sonrisa.

—Te ves hermosa cuando el sol te ilumina así.

—Gracias.

Cuando llegaron a la casa de Armando, ella se sintió sorprendida, pensó que sería una casa inmensa, algo que derrochara el buen dinero que ganaba el actor, pero en lugar de eso, se encontró con una encantadora casita estilo campestre, que tenía un hermoso camino de piedras y un porche lleno de plantas colgantes.

—Me encanta, dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Sí? Pensé que te parecería muy modesta.

—No, me gusta, me encanta que sea así, pensé que sería algo más...

—¿Extravagante?

—Sí, algo extravagante, exacto.

—Ven, vamos, te voy a mostrar todo.

—¡Bien!

La casa era encantadora, de acabado rústico con paredes de ladrillo, muebles de madera, algunos hechos en la zona con raíces y madera reciclada. Ella respiró profundo exhalando un suspiro, en algún lugar había visto una así, le gustaba ese estilo. Pero le parecía discordante con lo que Armando proyectaba, era como si fuese la casa de otra persona.

—Es hermosa, pero... no sé, no me parece que vaya mucho contigo, te vería más como en un ambiente minimalista, más elegante, sabes, como esos que salen en los programas de decoración. ¿Estás seguro que esta es tuya?

—Es mía, toda mía, cada detalle, cada mueble, todo lo busqué yo y planeé, porque la quería exactamente así como está.

Ella notó que en ese momento su rostro cambió, la cara le vibraba de emoción, incluso había un aire infantil muy distinto a la cara distante que siempre parecía tener, a ese rostro de pensamientos lejanos que hasta ahora le había observado.

—Sabes, puede que esta no sea la casa de Armando Lugo, pero sí es la casa de Eleazar Mendoza.

—¿Y ese quién es?

—Te digo quién es; es un hombre sencillo, descomplicado, un

poco alocado, pero simple, con sueños, algunos pequeños y otros grandes, pero su meta más grande en la vida es ser feliz, sí.

—¿Eres tú?

—Sí.

—Eleazar Mendoza, pero en ningún lado dice que te llamas así, yo he leído mucho sobre ti.

—Mi manager no quiere que se sepa nada de él.

—¿Por qué?

—Es complicado.

—Ok, entiendo, pero sabes qué... si Eleazar Mendoza es así, yo quiero conocerlo y este estilo que proyecta, es decir, me interesa saber más de él.

—¿En serio? Le dijo él fascinado.

—En serio, es más, me alegra que seas más que Armando Lugo.

—Sabes, ese es el cumplido más raro y encantadoramente extraño que me han hecho.

—Jajajajaja, ok.

—En serio, todos quieren conocer a Armando, pero yo creo que Eleazar es más interesante que él, mucho más.

—Entiendo y ¿qué hacemos?

—¿Quieres bañarte en la playa?

—Pero dijiste que haríamos una prueba del guión, aquí lo tengo, le decía mientras rebuscaba en su bolso.

Él la miraba risueño ante su ingenuidad, realmente pensaba que vendrían a ensayar, ¿a quién se le ocurre que alguien ensaye un libreto en un día de playa? Pero se veía encantadora rebuscando en su bolsito. La siguió observando hasta que ella sacó el libreto y se lo mostró, dentro de él se desató un sentimiento extraño, ajeno a su estado natural, algo muy parecido a la ternura. Ella lo miró risueña mientras movía el guión y le sonreía encantadoramente.

—Aquí está.

—Entonces, ¿estás decidida a esto, a ensayar?

—Sí claro, es que... me interesa saber cómo interactuar, al principio no tenemos muchas escenas, pero, después, bueno, necesitamos crear una sinergia.

—Creo que ya tenemos suficiente sinergia aquí, bueno, al menos

de mi parte.

—Mmmm, bien ¿entonces?

—Te propongo algo, ¿qué tal si vamos a la playa y luego venimos a lo de la sinergia?, el sol está delicioso, no podemos desaprovecharlo, conozco el sitio perfecto.

—Mmm, pero no traje bañador.

—¿En serio?

—Es que no me diste detalles, no pensé que vendríamos a una casa de playa, ¿cómo se suponía que supiese que debía traerlo?

—Bueno, te dije que iríamos a mi casa de playa.

—No, no lo dijiste, sería a otra, pero a mí no.

—Jajajajaja. No, te equivocas, a ninguna otra, jamás y sí creo que lo dije en mi mente y asumí que te lo había dicho a ti.

—¿Qué quieres decir con a ninguna otra?

—Nunca había traído a otra mujer aquí.

—No te creo.

—Es la verdad, sé que es difícil de creer, pero es la verdad.

—Ok bien, entonces ¿qué hacemos?

—Te diré, aquí cerca hay varias tiendas, vamos y te compras un traje de baño o puedo llamar a mi asistente para que te traiga uno.

—Eh, ya va, deja a tu asistente tranquila o tranquilo, y la verdad estas tiendas son un poco costosas, no tengo suficiente dinero.

—No te preocupes yo voy a pagarlo.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Por qué tendrías que pagar por mis cosas?

—Bueno, porque puedo y quiero halagarte con algo lindo.

—No sé, estoy acostumbrada a comprar mis propias cosas, eso me hace sentir un poco incómoda.

—Bueno, tenemos una tercera opción.

—¿Cuál?

—Que te bañes desnuda.

—Jajajajaja. Buen intento, está bien, pero te lo pagaré cuando cobre mi primer sueldo.

—Bien, como quieras, pero no es necesario.

—Bueno, tú me dirás entonces...

—Bien, vamos, te encontraremos el traje de baño más hermoso que podamos hallar, oh espera... se me acaba de ocurrir algo, dijo retrocediendo...y poniendo cara traviesa.

—¿Qué? Jajajaja.

—¿Por qué no sacamos a Layla a pasear?

—¿A Layla?

—Sí, recuerda lo que dijo Manuel, ¿qué tal si le damos un poco de lo que ellos quieren?, conozco un fotógrafo amigo mío, lo puedo llamar, en un segundo las redes van a estar inundadas de todo eso y nadie sabrá que fue él.

—¡Oh rayos! Es decir, que es verdad, ustedes mismos se auto espían para llamar la atención.

—Realmente crees que eso es nuevo, todas las grandes estrellas lo han hecho desde Bogart para acá.

—Suenas divertido, pero... y ¿si después me van a estar acosando?

—Recuerda que no eres tú, eres Layla.

—Ok bien jajajajaja, eres muy travieso, me gusta.

—Bien, vamos señorita, debemos encontrar algo muy a lo Layla Durán.

—¡Sí! Jajajajaja.

Ambos se divirtieron como nunca, Carolina no había tenido la oportunidad de comprar de esa manera y él se sentía como Eleazar otra vez, no tenía que fingir, nada de poses ni refinamientos innecesarios, no necesitaba sorprenderla, ella era igual que él de sencilla, alegre y descomplicada.

—A ver, ¡ohhh vaya!, te queda hermoso, le dijo asombrado ante el contraste del traje azul con su piel blanca nacarada, pero...

—¿Pero qué?

—¿Layla se lo pondría? ¿Creo que no?

—Mmm, tienes razón, ella nunca se pondría algo así.

—Ven, vamos a buscar otra cosa, pero ando en traje de baño.

—¿Y qué?

—Jajajajaa, está bien.

—Miraaa este, este es ¿te gusta?

—¡Ohhhhh vaya! ¡Qué ojo tienes!, muy bueno, me lo voy a probar.

Ella se fue con el sensual traje al vestidor y cuando salió, Amando se quedó con la boca abierta, era la imagen más sexy que había visto, el traje negro de tiras entreteljadas dejaba muy poco a la imaginación, sólo lo suficiente como para conectar los puntos y crear la fantasía.

—Guaooo te ves...

—¿Bien?

—Bien no, increíble.

—Me gusta, esto no soy yo, pero se ve bien.

—A lo mejor sí eres tú.

—¿Qué quieres decir?

—Ven, dijo extendiéndole la mano, ven conmigo.

—Ok.

Entonces, la condujo hacia un espejo, la tomó por detrás y ambos se miraron por un instante. Carolina sintió una suave corriente por todo su cuerpo y él experimentó cómo se erizaba al ver sus hermosos ojos verdes. Se quedaron un rato así y luego él le dijo: —Mírate, mírate.

—Me miro, me estoy mirando.

—No, no me refiero a eso, mira allá en el fondo, lo que está al fondo, no la que conocen los demás, no la que otros han creado, mírate realmente, allá en lo más profundo.

—Ok, bien, dijo enfocándose en lo que él le decía.

—Bien, lo que veo es alguien más, una chica más atrevida, más sexy que desea salir.

—¿Por qué no la dejas?, es alguien especial, eres única, hay ternura, hay sensualidad.

—No soy Layla.

—Tal vez sí lo eres.

—Mmm.

—Te vi en la barra. Sí, no me mires así, sé que dirás que estabas actuando, pero como te dije, uno actúa con lo que tiene dentro, sácala cariño.

—Bueno, tú sabes más que yo, pero no creo ser así.

—Tal vez no seas 100% así, no eres 100% Layla, pero tampoco eres 100% Carolina, hay más, mucho más allí, le dijo tocándole cerca

del pecho.

Ella se estremeció, lo miró a través del espejo y no podía creer lo increíblemente brillantes que eran esos hermosos ojos negros. Permanecieron así, y luego él se apartó, Carolina esperaba que le dijera algo más, pero él evadió el momento.

—Busquemos algo con qué complementar este atuendo ¿Quieres?

—¿Y tú sabes de todo esto?

—Sí, tengo que saberlo, soy una figura pública.

—Eres peor que Enrique.

—Es parte de mi trabajo y tú también deberás acostumbrarte; cuando salgas, no será como antes, tendrás que pensar qué ponerte, qué vas a proyectar y sobre todo qué van a pensar las personas.

—Eso no me gusta.

—¿Y crees que a mí sí? Pensar todo el tiempo en eso, qué camisa elegir, a veces solo quieres ponerte una camiseta y jeans, zapatos deportivos, pero no, esperan algo de ti, eres un producto, una imagen, te pagan por eso, no puedes andar desaliñado.

—¡Vaya en qué lío me metí! Jajaja, pero igual no creo que nadie repare en mí, sobre todo si estoy actuando con la señora Marie, nadie se va a fijar en mí.

—Te equivocas, ¿no te diste cuenta que desde que llegaste todo ha girado alrededor de ti? Tienes eso, cuando entras a un lugar tu energía hace que todo empiece a girar alrededor de ti, lo tienes, tratas de ser otra, pero lo tienes, eres especial.

—¡Oh vaya!, jajajaja, le dirás eso a todas.

—No, sabes, no voy a negarte que he halagado a muchas mujeres, pero no me gusta decir mentiras, si pienso que es hermosa se lo digo, si creo que es elegante se lo digo.

—Pero eres un mujeriego.

—Jajajajajaja, no me gusta usar esa palabra. Ven, vamos a ver qué te queda bien con eso. Mira esto, estos lentes son perfectos, ves, mira tu rostro cómo toma un aire más misterioso, eso es lo que queremos.

—¿Eso es lo que queremos?

—Sí, Layla debe ser misteriosa, sabes lo que dicen, que todos

quieran estar cerca de ti, pero que ninguno pueda.

—Ok, entiendo, jajajaja. Bien me gusta eso, dijo esto haciendo un montón de poses graciosas frente al espejo.

—Bien, estamos listos, ahora sí que nos divertiremos.

—Síiiiiii, ¡hagámoslo!

Él la miró y tomó de la mano, conduciéndola hasta el auto, entonces se dirigieron hacia la playa, a un lugar que solamente él conocía, cerca de un hermoso acantilado. La playa de blancas arenas contrastaba con el intenso azul del mar, alrededor, las palmeras le daban el aspecto de un oasis; más allá, la vegetación xerófila otorgaba al paisaje un aire salvaje, primitivo que impresionó a Carolina.

—¿Siempre vienes aquí?

—Sí, me encanta, ves, cierra los ojos y respira.

—Bien, ella cerró los ojos e inspiró el suave olor a mar, sintió cómo todo su cuerpo se llenaba de él otorgándole una cálida sensación de bienestar.

—Es agradable ¿eh?

—Mucho, ahora entiendo, pero ¿por qué me compraste este traje si vamos a estar en este lugar escondido?

—Esa es la clave, ves, las personas que quieren fama se muestran al público, se entregan, quieren ser vistas, pero los que son famosos no necesitan de eso, ellos van a lugares como estos para liberarse, sentirse en intimidad. Entonces, los persiguen porque quieren sacarlos de su escondite ¿Ves cómo funciona? Es como... un diamante, si no es costoso, no es un diamante, valen precisamente porque son raros, hermosos y, sobre todo, poco abundantes.

—Bien, entiendo. ¡Oh vaya! Pensé que esto era más fácil, actuar bien y ya, pero todo esto es abrumador.

—No te preocupes, yo voy a estar aquí para ti.

—Eso es algo que no entiendo, apenas me conoces desde ayer y siento como si hubiese pasado meses contigo.

—¿Aburrida?

—No, no, al contrario, es como si fuésemos amigos.

—Amigos ¡sí! Yessss.

—Jajajaajajaja, eres tan payaso, la verdad creí que eras un

hombre serio, pero nooo jajajajaa, y te diré algo.

—¿Qué?

—Me gustas más así, alegre, jovial, te ves mucho más joven, como si fueses de mi edad.

—¡Oh vaya!, gracias, ojalá fuese de tu edad, pero no jajajaa, no.

Ella se quedó mirando un punto a lo lejos, enfocó bien su vista y de pronto se tapó la boca.

—Eh mira, allí, allí.

—¿Dónde?

—Allá, mira es alguien.

—Ahhhh jajaja sí, es Luis Dávila.

—¿Luis Dávila?

—Sí, es mi amigo el fotógrafo, nos está tomando las fotos que te dije.

—Oh rayos, se supone que tenía que lucir misteriosa y sensual, y mírame, soy un desastre.

—Jajajajaja, desde aquí te ves muy sensual; vamos, colócate los lentes y el sombrero, así te verás más misteriosa, eso chica mala jajajaja.

El hombre estuvo un rato tomándoles fotos en todos los ángulos que pudo, hasta que acabó y se fue, en dos minutos sus fotos estarían navegando por todo internet, en las redes sociales. Armando Lugo otra vez con la mujer misteriosa causaría furor, ¿quién era ella?, ¿cómo había logrado conquistar el corazón del famoso galán?, ¿cuánto tiempo tenían juntos? Y mil preguntas más.

Ese día disfrutaron jugando en la arena, corriendo por la orilla, correteando con las olas e, incluso, él le enseñó cómo hacer un castillo de arena. Ella no podía creer que fuese tan lindo, sintió una conexión real.

—Sabes, deberíamos regresar a la casa.

—Bien, como quieras.

—Quiero ensayar el guión.

—¿Ensayar el guión?, sí claro, y por dentro pensó, “esta es mi oportunidad”, la tendré en mis brazos y le haré el amor como nunca antes nadie se lo ha hecho.

Cuando llegaron a la casa, él rápidamente pensó en su jugada, se

veía tan sensual con ese traje de baño negro, deseaba lanzarla a la cama y quitárselo ferozmente, de sólo pensarlo sentía una fuerte energía en su entrepierna, algo que ya pocas veces experimentaba, todo se le había vuelto monótono, mecánico y esta nueva experiencia parecía imprimirle un sello fresco a su acostumbrada agenda de chicas. Su imagen tendida sobre la sábana roja, su piel contrastando con el color, tomarla, besarla profundamente y luego colocarla de mil maneras para satisfacer su apetito.

—Bien, me voy a cambiar, dijo ella.

—Espera, quédate así un momento.

—Eh ¿por qué?

—Quiero ver algo.

—Tú siempre estás viendo algo.

—Ya va, entonces se acercó para hacer su papel.

La miró como lo hacía en sus telenovelas, con ese fuego que sabía imprimirle a sus personajes y que era uno de los secretos de su éxito. Le tomó la mano y se la besó, luego la agarró por la cintura y la trajo suavemente hacia sí, se cercó y colocó sus labios lo más cerca que pudo sin besarla, para generar la expectativa. Se quedó así un momento, porque las mujeres siempre avanzaban cuando él hacía eso, se quedó esperando y ella no hizo nada.

—¿Y bien?, le dijo.

—¿Y bien qué?

—Estamos ensayando ¿no?

—Eh, sí claro.

—Bien, entonces bésame, necesitamos crear la química para hacerlo creíble.

—¿Quieres que te bese?

—Sí, estamos practicando, le dijo ella con sencillez.

—Mmm, bien, espera.

Armando se sintió frustrado, sus recursos de seducción parecían estarle fallando, no entendía qué pasaba, cada vez que ponía su cara varonil y sexy, las chicas caían rendidas, pero con Carolina no pasaba nada, parecía ni siquiera darse cuenta que la estaba seduciendo, no entraba en el juego, y por alguna razón, no quería usar sus mil recursos para llevarla a donde la quería tener. Algo se lo

impedía, no sabía qué, pero no podía terminar de hacer su movimiento.

—No está funcionando Armando.

—Bien, déjame respirar un momento, es que...entonces se sentó.

—¿Por qué no hacemos algo?, soy Layla ¿no? Déjame ser yo quien te seduzca entonces.

—Ok, bien, me parece buena idea, su rostro se iluminó porque pensó que ella sola caería en su propia trampa.

—Bien hagámoslo entonces, dame un minuto.

Ella se retiró y respiró hondo, entonces lo miró y ahí estaba ella, esa era la mujer que él deseaba, la malvada Layla, la sexy Layla, que despertaba todo su fuego, y lo llenaba en todos los sentidos. Caminó sensualmente hasta él, lo miró con deseo, se acercó, y sin timidez se montó sobre él y lo tomó por asalto besándolo intensamente, por encima de los labios, sin tocar su lengua. Armando sintió una sensación electrizante por todo su cuerpo y de pronto allí estaba, tenía esa increíble sensación nuevamente.

Carolina se apartó asombrada, lo miró allí y comenzó a reírse.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que... olvídalo.

—Espera, dijo él levantándose, ven acá.

—¿Qué?

—Estás sonrojada, antes... has hecho esto antes ¿verdad?

—Se refiere a... ¿estar con alguien?

—Sí, a eso me refiero.

—Sí, pero la verdad no tengo mucha experiencia.

—Oh vaya, pero hace un segundo no lo parecía, era como si supieras exactamente cómo hacerlo.

—Estaba actuando.

—¿Y por qué me vuelves a tratar de usted? Jajajajaa.

—No sé, estoy confundida, es que yo...

—Ven, entonces la besó de verdad, profundamente.

Carolina se estremeció y sintió una oleada de placer y su interior se contrajo con fuerza, sintió un gran deseo de quitarle la ropa a ese hombre, besarlo en todos lados y dejarse llevar. Armando colocó su lengua y ella la tomó, el beso fue creciendo en pasión, él la tomó por

la cintura, allí estaba otra vez, era el macho, el galán que siempre se salía con la suya, la tenía en sus brazos justo como lo había deseado, desde el primer momento que la vio en la cafetería.

Sería suya por fin, otra vez lograría sus deseos, una chica más que conquistaba y rompería su récord en sólo dos días. Armando abrió los ojos y ella parecía concentrada, entregada, ¿estaría actuando o era verdadero? Pero sentía una energía muy fuerte por todo su ser, sentía que si no estaba con ella, iba a eyacular en cualquier momento, nunca había deseado a una mujer así, no entendía por qué, ni siquiera a Marie.

Pero algo pasó por su mente, ese rostro hermoso, dulce, la risa, cómo le decía que prefería a Eleazar que Armando, lo mucho que le gustaba su casa, cuando le dijo que era jovial y fresco, sin poses, su humor refrescante, cómo corrieron por toda la playa jugando. Esa era Carolina, la chica de 23 años que lo había conquistado de un solo golpe, no quería hacer eso, no deseaba aprovecharse de ella. Entonces, se apartó, él estaba sombrado de sí mismo.

—¿Qué pasa?

—Es mejor que nos vayamos.

—¿Por qué?

—Hazme caso, es lo mejor.

—Mmm, bueno como quieras, pero...

—Espérame un momento, ya vengo, voy a darme un ducha, allí está la otra habitación, puedes bañarte y cambiarte si quieres.

—Ok, está bien, como quieras.

Carolina fue a la habitación, era un tanto impersonal, pero hermosamente arreglada con plantas y toda pintada de blanco, lo cual le daba un aspecto fresco y agradable. Entró en el baño y era encantador, tenía una claraboya en la parte de arriba y eso permitía que entrara la luz, dándole un aire hermoso y natural, la parte de la ducha era genial, la pared con lajas tenía un look orgánico y la ducha era gigantesca, tipo lluvia, era lo máximo.

Sin embargo, se sentía un poco desilusionada, era como si Armando la hubiese rechazado, no entendía su actitud, seguramente con otras no lo habría pensado dos veces, habría saltado sobre Marie Depoll o Marlene Ojeda, cualquiera de ellas, pero claro, ella era

nueva y no tenía ningún renombre, era una chica sencilla y un tanto introvertida. No tenía dinero, ni era famosa, a él solo parecía interesarle Layla, como una fantasía, alguien llena de deseo y pasión, pero no estaba segura de ser así o al menos lo creía.

Cuando él la miró en el espejo, en la tienda, realmente se observó y sintió una fuerza interna que deseaba salir, que sólo estaba esperando el momento justo para aflorar, una mujer llena de fuerza, capaz de comerse al mundo.

—¿Quién eres? Se dijo al espejo. Soy tú, se respondió, soy quien realmente eres.

Entonces, se observó detenidamente, sus ojos relucían, el tono verde se había tornado un poco más claro y alrededor de su iris, tenía un sutil matiz azul celeste, muy parecido al agua del mar. El cabello mojado por el agua de mar ahora tenía un look salvaje, sus hermosos labios carnosos al natural tenían un lindo tono rosa, mientras sus mejillas se notaban sonrojadas por la sesión de besos. No podía creerlo, en la otra habitación estaba Armando Lugo, desnudo, bañándose en la ducha, nunca se imaginó compartir el día con alguien como él.

Pero había algo más, Armando era distinto a todo lo que había leído y pensado de él; el verdadero era un hombre más bien sencillo y apacible, con buen humor y gestos infantiles. Le encantó cómo jugaron por la arena, cómo él la ayudó a construir un castillo, fue espontáneo y encantador. Le gustaba cómo el viento movía su melena creando sutiles rizos, su sonrisa de dientes nacarados, la sensual piel morena, bronceada y el aroma masculino que despedía de él.

Estaba ilusionada y realmente pensó que en ese momento harían el amor, aunque sabía que no estaba bien acostarse con un compañero, le atraía demasiado Armando, no quería ser una más, pero al mismo tiempo su cuerpo no respondía a la lógica de su mente. Se miró nuevamente al espejo mientras se acomodaba la toalla alrededor del torso.

Estaba muy delgada, ahora entendía lo que le había dicho Enrique, no podía dar un tipo sensual así, se veía aniñada, aunque ahora su piel un tanto bronceada, lucía mejor. El cabello castaño

había tomado unos pequeños rayitos más claros, seguramente por la acción del sol y la sal del mar. Estaba en una encrucijada, debía cambiar su vida, se adentraba en un mundo desconocido donde la apariencia era muy importante, en el cual la mirada y pensamientos de otros influenciarían su popularidad y logros. Ingenuamente, pensó que todo se trataba de actuación, pero no era así, el físico, la seguridad, la ropa, la actitud y el estilo, eran tanto o más importantes que lo primero.

—¿Estás lista? La llamó Armando.

—Sí, ya voy, espera un momento.

Se vistió y salió a la sala, donde Armando la esperaba sentado.

—Bien, nos vamos entonces.

—Bien, dijo ella un tanto apenada por lo que había pasado minutos atrás.

—Luces linda con el cabello así, todo mojado, le dijo él tocándole la melena.

—Gracias.

—En cuanto a esto, lo que pasó.

—Olvídalo, sé que no soy tu tipo.

—No, espera, eso no es lo que iba a decir, yo...

—Tranquilo no me expliques nada, entiendo, yo no soy Marie ni ninguna de las chicas chic con las que tratas normalmente, y quiero que dejemos esto en plano profesional ¿de acuerdo?

—Pero...

—No quiero hablar más del tema.

—Bien, como quieras. Dijo él contrariado.

—Te llevo a tu casa.

—No, unos amigos me están esperando en Lagos.

—¿Lagos?

—Sí, vamos a comer pizza, genial.

—¿Comes pizza?

—Sí claro, ¿no me digas que no te gusta?

—Claro que me gusta, pero mi entrenador no me deja comerla.

—Oh vaya.

—Y la tuya tampoco, le dijo sonriendo, así que disfruta tu última pizza en mucho tiempo.

—¡Ohhh por Dios! Bueno...

—Bien, pero no te preocupes ahora por eso, disfrútala y disfruta con tus amigos.

—¿Quieres venir?

—Jajajaja, ¿yo contigo?

—Sí, vamos, anda.

—¿Y no les molestará a tus amigos?

—Claro que no, mis amigas están locas por ti.

—¿Es decir, que me vas a lucir?

—Algo así, se van a morir de la envidia si llego contigo.

—Jajajajajaja. No te conocía esa faceta, pareces una niña.

—Anda vamos.

—Bien, me animo, pero no puedo comer pizza.

—No importa, ahí venden otras cosas que puedas comer o tomas solo agua.

—Oh vaya gracias jajajaja.

—Jajajajajaja ¿Sí? Le dijo pestañándole coquetamente.

—Por Dios, ¿quién le dice que no a esa carita?, luces linda, como una...

—Como una ¿qué...?

—Olvídalo.

De pronto sintió miedo, lo que su corazón estaba experimentando era una sensación extraña, llena de matices diferentes, nunca en su vida había sentido algo así. Esa cara, su sonrisa aniñada, era tierna, linda, había deseado a la otra, pero ahora se encontraba atrapado por las dos, la niña y la mujer, era ambas. Después de todo, Gustavo tenía razón, ella era como un volcán pintado de arcoíris, una dulce sirena que, al atraparte, te podía volver trizas y él deseaba descubrir el secreto tras esos ojos color de agua.

—¿Quieres manejarlo?, le dijo lanzándole las llaves del auto.

—¿Bromeas?

—No.

—Guaooo, ¡sí rayos! ¿Quién no querría manejar a este bebé?

—Bueno, jaja rayos, vamos a manejarlo. Le dijo divertido por la actitud resuelta de ella.

—Bueno, vamos señor.

—Bien.

—¡Ahhhhhhhhhhhh! Gritó ella al encender el auto.

—¿Qué pasó?

—Es que se siente genial, vaya, genial.

—Bueno, hazlo correr entonces.

Ella puso la velocidad y avanzó segura por la vía. Cuando llegaron a la autopista, lo miró con cara traviesa.

—¿Qué estás pensando?

—Llémoslo al siguiente nivel.

—¿A qué te refieres?

—Aceleremos.

—Bien, pero cuando lleguemos a San Luis, reduces la velocidad ¿ok?

—Ok. ¡Yujuuuuuuuuuuu!

—¡Yujuuuuuuuuuuu! Dijo él imitándola y riendo por la espontaneidad de ella.

La miraba y no podía creer la emoción que sentía, su corazón latía a mil por hora, él había pensado que lo sabía todo, no existía nada que pudiese sorprenderlo, hasta que conoció a Carolina Mosquera y en dos días su mundo se puso boca arriba.

Acto 6.

No todo es lo que parece

Se miró al espejo y no sabía lo que estaba haciendo, había pasado toda la tarde con esos chicos y tenía que admitir que se había divertido como no lo hacía desde mucho tiempo. La espontaneidad de ellos, su sencillez y cómo se sorprendían con todo. No dejaba de reírse de sí mismo al verse en esa situación, ¿qué dirían sus amigos, Marie y todas las personas que lo conocían?

Incluso, sería ridículo encontrarse allí con esas personas diez años menores que él, en un ambiente muy distinto a su categoría. Se había formado un gran alboroto por su presencia en el lugar, sobre todo, por las chicas que se arremolinaron para tomarse fotos. Pero lo encantador era la manera cómo Carolina asumía las cosas, con tranquilidad, sin poses, se divertía con ella y ese momento mágico cuando se besaron, pasaba a cada instante por su mente. La reacción física que le generaba en su cuerpo, pero sobre todo, la que producía en su alma.

Se observó detenidamente y vio con horror que tenía una pequeña arruga en su entrecejo, debía otra vez ir a su cirujano, era momento de otra inyección de relleno facial. Odiaba las inyecciones, pero eran necesarias para mantener su apariencia juvenil. “Eternamente joven” le habían dicho, pero lo cierto era que los años pasaban y rápido. Recordó cuando tenía la edad de Carolina, en ese momento ya llevaba diez en la televisión y no podía tener la tranquilidad de simplemente sentarse en una mesa a comer pizza con sus amigos, tenía horarios, una agenda apretada, una tía controladora que lo hacía trabajar 18 horas diarias.

Al mismo tiempo, recordó el momento en la cabaña, el paseo en la playa como se había conectado con Carolina, se la imaginó presentándole a su madre, con ella podía ser realmente Eleazar, se la imaginó en esa casa, con su familia un domingo viendo televisión, disfrutando de un partido de fútbol.

—Vamos Armando, ¿qué pasa?, necesitas algo, sí, ¿amor? Jajajajaa. No, no, lo que necesitas es buen sexo, una buena dosis de sexo, con eso se te quitarán todas esas tonterías de la cabeza.

Entonces buscó el celular y llamó a alguien, se acercó al balcón y observó a lo lejos en dirección hacia dónde vivía ella. Otra vez su rostro invadió su mente, ese cabello castaño liso y hermoso, el traje de baño, su actitud al tirarse sobre él, parecía una experta. Entonces, recordó que la tuvo en sus brazos y desperdició la oportunidad.

—Eres estúpido, ¿eh? La tuviste allí, estaba lista para hacerlo y desperdiciaste la oportunidad. ¡Oh rayos! Golpeó la pared. Eres estúpido definitivamente. Cuándo se te presentará otra vez una oportunidad como esa ¡Nunca idiota! Mmm o ¿sí?

Pero en ese momento se conectó con la emoción, con la pura sensación calmada y hermosa que ella le inspiraba, él no sabía cómo reaccionar ante eso, estaba desprovisto de esas armas y por eso lo había tomado por sorpresa. Estaba acostumbrado a la lujuria, esa sensación inmediata que se satisfacía con un simple y sencillo acto físico y esto le parecía una complicación innecesaria.

—Bien, ya basta de eso, entonces marcó el número. Hola princesa ¿cómo estás?, sí claro, cuál más, oh no, claro que no, lo que pasa es que he estado muy ocupado, sabes cómo es, estos proyectos son absorbentes. ¿Cuáles fotos?, no, no he visto nada, ohhh no, eso es solo publicidad cariño, déjame ver, eh, ohh vaya, no jajaja, eso es publicidad de la novela. No, es en serio, créeme, pero no le digas a nadie la idea es atraer al público, sí claro. ¿Vienes? He pensado en ti todo el día, en esas piernas tuyas, quiero tenerlas entre mí, ya sabes... Bien, te espero con una deliciosa botella de ese vino que tanto te gusta. Perfecto.

Una hora después escuchó el citofono, seguro era ella.

—Hola, sí cariño te estaba esperando, sube.

A los diez minutos sonó el timbre de la puerta. Él fue y allí estaba, su nombre era Mercedes Urbano, una modelo, todo un cliché, modelo y actor, pero allí estaban los dos, eran amantes asiduos y cada vez que deseaban tener encuentros furtivos, se juntaban, nada serio, ninguno de los dos quería una relación de verdad. Ella era una despampanante rubia de cabello liso y largo, piel bronceada e

increíbles y largas piernas, todo un portento de mujer.

Vestía una mini corta de color negro, una chaqueta de jeans oscura, una camiseta, unas hermosas botas pantalón de tacón aguja. Se veía encantadora y su mejor accesorio era su bella y perfecta sonrisa.

—¡Oh vaya cariño! El negro es tu color, pasa.

—Te ves muy bien, le dijo ella dándole un beso en los labios. Traje esto ¿lo recuerdas?

Era una botella de *Château Margaux*, se la mostró moviendo la mano, como si fuese un gran trofeo.

—Oh vaya, así el cava que tengo se queda muy corto, ¿dónde lo conseguiste?

—Me lo regaló Stephen.

—Cielos, este tipo es lo máximo, sí que sabe cómo tratar a una mujer, me encanta.

—Sí, eso es cierto.

—Ven cariño, ponte cómoda.

—Pon a enfriar la botella, dijo quitándose la chaqueta. Has remodelado, me gusta, se veía muy cool.

—No, tú te ves muy cool.

—¡Ja! Bien, mmm, ¿necesitamos más preámbulos?

—¿A qué te refieres? ¿Crees que vine hasta aquí sólo para apreciar la decoración de tu apartamento?

—Espero que no, dijo él sonriendo.

—¿Entonces?

—Hoy estás apurada ¿vino Stephen?

—No, pero tengo muchas ganas hoy.

—¡Oh rayos! Yo también, ven acá, le dijo tomándola por la cintura.

Entonces, la tiró con fuerza contra el sofá, ella sonreía y lo besaba apasionadamente mientras con desespero le quitaba la camisa. Él se desataba en un mar de pasión, le levantó la camiseta y le abrió el sostén, mientras comenzó a lamer sus senos; ella gemía con fuerza mientras tocaba su entrepierna. Al instante, él comenzó a tener una erección. Mercedes le abrió el pantalón y él se lo sacó hasta media pierna, ella se subió la falda y bajó los pantis con rapidez.

—No te quites las botas, déjatelas.

—Oh bien, me gusta.

Allí estaba él con el pantalón a los tobillos, montado sobre esa mujer tan hermosa, haciéndolo una vez más como muchas otras veces, ¿sentía placer? Sí. Ella gritaba casi a todo pulmón, él la penetraba con fuerza, con toda la rabia que se le había desatado de pronto, y a ella parecía gustarle, pero él lo hacía como deseaba hacérselo a Carolina. Se sostenía del respaldar del mueble mientras se movía rápido y con fuerza, ella lo sujetaba por las nalgas y lo apretaba contra ella cada vez más, presa de la lujuria y la pasión del momento. Lo envolvía con sus kilométricas piernas, entorchándose con deseo.

—¡Oh rayos! Decía él. Eres la mejor.

Era lo que siempre le decía a todas, una frase genérica que había estudiado y Mercedes lo sabía; algunas conocidas se habían acostado con él y compartían los secretos, ella sabía que a todas le decía lo mismo, pero no le importaba, porque lo quería sólo en su cama, no en su vida. Entonces, tuvo un intenso orgasmo, mientras se retorció de placer, Armando trataba de pensar en algo que no fuese Carolina, pero su cara lo seguía persiguiendo, entonces acabó y se tiró a un lado de la mujer.

Mientras ella se terminaba de quitar la ropa y se dirigía al cuarto haciéndole señas que la acompañara, él se miró a sí mismo, con los estúpidos pantalones todavía en los tobillos, desnudo, acababa de tener un sexo increíble con una de las mujeres más deseadas del país y, aún así, se sentía completamente vacío, se terminó de quitar la ropa y la siguió. Estuvieron juntos tres veces más, entonces ella se levantó y fue al baño, desde la cama podía observar su posterior, era increíblemente hermosa.

Al rato, escuchó el sonido de la ducha, mientras ella estaba en el baño, él se colocó unos bóxer y se dirigió al balcón, allí se reclinó y miró otra vez en dirección a donde sabía que Carolina vivía.

—¿Qué te pasa Armando?, ¿estás loco?, estás con este portento y estás pensando en esa niña, ¿será que si te acuestas con ella se te quita?

Por dentro sintió que no sería así, se encontraba atrapado en una especie de disyuntiva, en un lugar desconocido donde había llegado y

no sabía de qué manera. Estuvo así largo rato, recordando todo lo que experimentó con ella desde el primer momento que la vio hasta unas horas atrás en la pizzería con sus amigas. Era una completa estupidez, no tenía ningún sentido, no estaba al nivel de lo que él acostumbraba, actrices profesionales, modelos, cantantes, ¿cómo podía ella llegar a eso?

—Armando, ¿qué haces ahí?

—Eh.

—¿Qué haces ahí?

—Nada, sólo tomando un poco de aire.

—Me voy.

—¿Te vas?

—Sí, tengo que levantarme temprano, mañana tengo una sesión, necesito dormir en mi cama.

—Oh, bueno, bien.

—Gracias por todo, lo disfruté.

—Yo también cariño, le dijo mientras le daba un pequeño beso en los labios.

—Bye.

—Bye honey.

Cerró la puerta y se dirigió al balcón otra vez, se dio cuenta que no había nada, dentro y fuera de él; estaba vacío y lo único que le inspiraba una ilusión estaba allí en ese punto del espacio hacia donde estaba mirando; ella, Carolina Mosquera, la chica inocente y la deseada mujer fatal de sus fantasías.

—¡Tienes que ser mía! Se dijo.

Continuará...

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas) Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tântrico Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama Autora: Mercedes Franco

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos Autora: Ana Allende